

SARA COHEN

LA NIÑEZ CAUTIVA

Salud mental infantil y juvenil



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

MÉXICO - ARGENTINA - BRASIL - COLOMBIA - CHILE - ESPAÑA
ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA - GUATEMALA - PERÚ - VENEZUELA

Primera edición, 2015

Cohen, Sara

La niñez cautiva : salud mental infantil y juvenil. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Fondo de Cultura Económica, 2015.

116 p. ; 21x14 cm. - (Psicología, Psiquiatría y Psicoanálisis)

ISBN 978-987-719-063-2

1. Psicología Infantil.

CDD 155.4

Armado de tapa: Hernán Morfese

D.R. © 2015, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA DE ARGENTINA, S.A.

El Salvador 5665; C1414BQE Buenos Aires, Argentina

fondo@fce.com.ar / www.fce.com.ar

Carr. Picacho Ajusco 227; 14738 México D.F.

ISBN: 978-987-719-063-2

Comentarios y sugerencias: editorial@fce.com.ar

Fotocopiar libros está penado por la ley.

Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión o digital, en forma idéntica, extractada o modificada, en español o en cualquier otro idioma, sin autorización expresa de la editorial.

IMPRESO EN ARGENTINA - *PRINTED IN ARGENTINA*

Hecho el depósito que previene la ley 11723

ÍNDICE

<i>Introducción. Lo desconocido de cada niño y la salud mental.</i>	11
I. <i>Entre el pasado y el porvenir, el origen.</i>	21
II. <i>Un niño, un duelo.</i>	61
III. <i>Una infancia sin rastros</i>	101
<i>Bibliografía.</i>	113
<i>Índice de nombres.</i>	115

*A mi nieto León
y a los que vendrán...*

INTRODUCCIÓN. LO DESCONOCIDO DE CADA NIÑO Y LA SALUD MENTAL

Como siempre, casi enseguida me di cuenta de mi situación, y empecé a recorrer las piezas de las diferentes casas en que he vivido y que muy raramente me sucede recordar en la vigilia con igual precisión: una a una se presentaban con gran nitidez para, al final, llegar a esta de hoy, donde me acosté anoche, y para, verdaderamente, creo, esta vez, despertarme.

ARNALDO CALVEYRA¹

ESTE libro surge de un malestar difícil de precisar. El trabajo en salud mental con niños requiere del armado de un rompecabezas, en el cual las piezas frecuentemente no encajan. Son muchos los factores en juego, y el hecho de que las piezas no encajen puede ser un desafío que conviene no eludir.

El niño es el nivel más frágil de una estructura y, como el hilo, se corta por el lugar más débil cuando la problemática social y familiar es muy elevada, produciendo síntomas. Los importantes avances en la investigación de los factores genéticos y neuroquímicos en la determinación de un cuadro psicopatológico no pueden eclipsar la concepción multifactorial de la mayoría de las patologías en salud mental infantojuvenil. Por lo tanto, es necesario conceptualizar adecuadamente

¹ Arnaldo Calveyra, *Poesía reunida*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo, 2008, p. 218.

lo que cada disciplina nos ofrece al atender a un niño sintomático que sufre. El diagnóstico es prioritario porque es aquello que determinará el abordaje, y es fundamentalmente clínico.

El hecho de que en una considerable cantidad de casos sea necesario un trabajo interdisciplinario —psicoanálisis, psiquiatría, pediatría, estimulación temprana, psicopedagogía, trabajo social, etc.— no debería invalidar la importancia de un eje conceptual que articule dichas intervenciones terapéuticas priorizando la subjetividad del niño. El síntoma de un niño tiene el efecto de interrogar a su familia, a su entorno y hasta a una sociedad. No habría que acallararlo, sino indagarlo.

No se puede ignorar el uso actual del *Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales IV* (DSM, por su sigla en inglés), ni tampoco que cualquier clasificación nunca es ingenua, porque inclinará para el lado del abordaje una determinada conceptualización implícita. A modo de ejemplo, no es lo mismo hablar de neurosis obsesiva que de trastorno obsesivo compulsivo (TOC), y habrá que precisar en cada caso de qué estamos hablando y de qué modo entendemos que debería abordarse.

Desde determinado abordaje científico actual, cierta psiquiatría tiende a formular lo siguiente:

La ciencia ha dejado atrás la visión que se tenía del TOC como un tipo de neurosis específica explicada a partir de modelos psicoanalíticos, que entendían las obsesiones como una forma de defensa del hombre frente a los impulsos inconscientes. [...]

Una vez que se han relegado los factores psicológicos como causantes del TOC, en las últimas décadas, se han ido acumulando datos que desde la genética, la neuroquímica, la neuroimagen, la neuropsicología y la neurocirugía sugieren la existencia de alteraciones cerebrales en el TOC. Actualmente,

aunque la causa aún se desconozca, se considera al TOC como un trastorno de origen neurobiológico con una etiología variada, que incluye factores genéticos y anomalías neuroquímicas y neuroanatómicas. Incluso en los últimos años, se ha hablado de factores inmunológicos que pueden desarrollar la enfermedad.²

A mi entender, oponer la genética y la neuroquímica al psicoanálisis es no entender de qué se habla cuando se piensa en la constitución subjetiva, el inconsciente, las pulsiones, el complejo de Edipo, la latencia, la sublimación, etcétera.

Es interesante recalcar que en la psiquiatría infantojuvenil de algunas décadas atrás, la sintomatología obsesiva del niño era leída como un fenómeno psíquico que podía indagarse en la estructuración subjetiva del niño. En el *Manual de psiquiatría infantil*, de Julián de Ajuriaguerra, encontramos un desarrollo, del cual transcribimos dos pequeños fragmentos, para ubicar con qué criterio se estudiaba al niño:

La semiología obsesivo compulsiva en el niño no debe únicamente responder a una simple descripción sintomática desligada de su contexto, porque tal o cual manifestación, estereotipada o ritualizada, puede tener, considerando el momento evolutivo del niño, valor de normalidad o de anormalidad. La ritualización, por ejemplo, puede ser formativa y su ausencia denotar a veces una anomalía evolutiva.³

² María de Jesús Mardomingo Sanz y Luisa Lázaro García, "Trastorno obsesivo compulsivo", en César Soutullo Esperón y María de Jesús Mardomingo Sanz (coords.), *Manual de psiquiatría del niño y del adolescente*, Madrid, Médica Panamericana, 2010, p. 118.

³ Julián de Ajuriaguerra, *Manual de psiquiatría infantil*, 4ª ed., Barcelona, Masson, 1977, p. 634.

El núcleo obsesivo es el resultado de una regresión de estructuras de la libido, con puntos de fijación pregenital y emergencia de impulsiones, deseos y fantasmas sexuales agresivos, unidos a la angustia y culpabilidad, movilizando reacciones de defensas por parte del Yo bajo la influencia del Superyó. Contra la expresión de su deseo y de la angustia que le está asociada, el obseso emplea cierto número de mecanismos de defensa, tales como el aislamiento, la anulación, la formación reactiva, la intelectualización y racionalización. Desde este punto de vista es que el psicoanálisis hace una distinción entre fobia y obsesión.

De una manera esquemática puede decirse, con S. Lebovici y R. Diatkine, que el sujeto afecto de obsesiones vive su angustia de una manera muy diferente al fóbico, en el que toda la angustia es desplazada y eliminada, mientras que en el obseso se mantiene a distancia, aunque siempre presiona. A pesar de todo sabemos que las transiciones entre la fobia y la obsesión son frecuentes.⁴

En el manual de J. de Ajuriaguerra se habla de mecanismos defensivos pensando en una estructura psíquica. El *DSM IV* se desprende de consideraciones psicopatológicas pretendiendo un diagnóstico descriptivo y ateórico. Pretende volver al sujeto objeto, en aras de que sea incluido en un discurso científico médico.

No hay modo de realizar un diagnóstico en un niño sino a través del juego, y no hay formulario por llenar, ni descripción de los síntomas que puedan establecer un diagnóstico adecuado. Esto que puede parecer una obviedad —en tanto es indispensable la articulación del discurso de los padres

⁴ Julián de Ajuriaguerra, *Manual de psiquiatría infantil, op. cit.*, p. 639.

con el juego y el decir del niño— no lo es tanto actualmente en el terreno de lo asistencial en salud mental infantojuvenil. A raíz de esto, el último capítulo de este libro se ocupará de una publicación de casos que se ofrecieron para la formación de profesionales. El mismo puede servir para poner en evidencia esta tendencia asistencial que no tiene en cuenta la subjetividad del niño, con la idea de subrayar las consecuencias que esto supone para el futuro de ese menor, al que no se le posibilita la construcción de una narrativa acerca de su propia historia y de su posición subjetiva al respecto.

No elegí trabajar con materiales clínicos por motivos de secreto profesional, la publicación de un libro no es lo mismo que el intercambio acerca de un caso clínico en el ateneo de un hospital o en una institución psicoanalítica. En cambio, decidí abordar textos literarios.

En más de una oportunidad la literatura nos ofrece, a través de su búsqueda formal, un material que logra condensar conflictos humanos complejos, tramados en contextos socio-culturales determinantes, de un modo que otras disciplinas no podrían tramitar a través de la palabra en forma tan precisa y sugerente.

Víktor Shklovski, iniciador de la teoría literaria y del formalismo ruso, escribió:

¿Cuántos días, horas y minutos vivirás? La vida pasa en la espera: la arrugas y la tiras como un papel, como un borrador, para que llegue el momento del manuscrito en limpio. Pero no se puede vivir en limpio.⁵

⁵ Víktor Shklovski, *La tercera fábrica. Érase una vez*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2012, p. 123.

Es indudable que se vive en borrador, también se trabaja en borrador. Sin embargo, el escritor trabaja mucho con su texto y en algún momento decide que lo abandonará: si fue un borrador dejará de serlo y podrá eventualmente adquirir vida propia lejos del autor. Es inherente a la literatura el ansia de perdurar. Sabemos que los textos que sobreviven a distintas generaciones son pocos, ninguna vorágine garantiza nada respecto de lo que el tiempo dispone. El arte transcurre en un carril paralelo a la condición urgente del suceder permanente, en interacción con desvíos y cruces, pero el ser paralelo es lo que lo valida como tal. Para que una producción artística logre llegar a la médula de lo que parece pura banalidad y nos sorprenda con la visión de aquello que había escapado a nuestra percepción del acontecer, debe romper con el ejercicio de buscar un consenso respecto de la realidad y, a través de los medios específicos de su disciplina, atreverse a generar una obra de la cual a priori no tiene ninguna garantía.

El psicoanálisis guarda cierta afinidad con este funcionamiento. Freud define desde sus inicios que el campo del análisis es el de la realidad psíquica y que ella obedece al deseo inconsciente. El universo plasmado en una obra artística y el estudio de un neurótico están a años luz el uno del otro, porque el artista logra atravesar la barrera de la represión y hacer que devenga de aquello que desconoce, y aun de su pequeña y local miseria personal, un producto estético en el que quede cifrado algún orden de verdad universal. Esto, por supuesto, no exime a ningún creador de sus propios padecimientos neuróticos o psicóticos, aunque en más de una ocasión pueda estabilizar al sujeto. De todos modos, ni el psicoanálisis ni el arte pueden abrazar ningún objetivo adaptativo, porque lo inherente al ejercicio específico de cada uno

de ellos consiste en configurar una construcción altamente singular que no condice con la adaptación.

Freud enfatiza en *El malestar en la cultura*, escrito entre 1929 y 1930, que el programa que nos impone el principio del placer, el de ser felices, es irrealizable. Con varias décadas de ejercicio del psicoanálisis y habiendo desarrollado ya su teoría acerca de la pulsión de muerte y conceptualizado la segunda tópica, le queda claro que la renuncia pulsional del sujeto nunca será suficiente, la carga tanática del Superyó siempre le exigirá algo más, en tanto al persistir el deseo en el inconsciente la necesidad de castigo inherente a la persistencia de este no dará tregua. Este es un punto esencial para entender qué hay que escuchar para favorecer alguna resolución más adecuada que otra en cada sujeto y estar atento a que esta no implique un sometimiento.

A mi entender la literatura puede despertar un modo diferente de pensar otras disciplinas, porque en ocasiones la riqueza discursiva de un texto literario permite vislumbrar distintos planos de un mismo problema con gran economía de recursos.

Gilles Deleuze ha dicho:

Lo que me interesa son las relaciones entre las artes, la ciencia y la filosofía. No hay privilegio alguno de una de estas disciplinas sobre otra de ellas. Todas son creadoras. El auténtico objeto de la ciencia es crear funciones, el verdadero objeto del arte es crear agregados sensibles, y el objeto de la filosofía es crear conceptos.⁶

⁶ Gilles Deleuze, *Conversaciones 1972-1990*, Valencia, Pre-Textos, 1995, p. 197.

La filosofía, el arte y la ciencia mantienen relaciones de mutua resonancia, relaciones de intercambio, pero por razones intrínsecas en cada caso. Unos repercuten en otros en función de su evolución propia. En este sentido, hay que considerar el arte, la ciencia y la filosofía como líneas melódicas ajenas unas a otras, pero que no dejan de interferirse. En este contexto, la filosofía no tiene ningún seudoprímado reflexivo ni, en consecuencia, ninguna inferioridad creativa.⁷

Lo esencial son los intercesores. La creación son los intercesores. Sin ellos no hay obra. Pueden ser personas —para un filósofo, artistas o científicos, filósofos o artistas para un científico—, pero también cosas, animales o plantas, como en el caso de Castaneda. Reales o ficticios, animados o inanimados, hay que fabricarse intercesores. Es una serie. Si no podemos formar una serie, aunque sea completamente imaginaria, estamos perdidos. Yo necesito a mis intercesores para expresarme, y ellos no podrían llegar a expresarse sin mí: siempre se trabaja en grupo, incluso aunque sea imperceptible. Tanto más cuando no lo es: Félix Guattari y yo somos intercesores el uno del otro.⁸

Esta idea de que la verdad no es algo preexistente sino que es algo que hay que descubrir, y aún más, que hay que crear en cada dominio, es evidente en las ciencias. [...] Decir que la verdad es una creación implica admitir que la producción de verdad pasa por una serie de operaciones que consisten en trabajar una materia, una serie de falsificaciones en sentido

⁷ Gilles Deleuze, *Conversaciones...*, *op. cit.*, p. 199.

⁸ *Ibid.*, p. 200.

estricto. [...] Los intercesores son estas potencias de lo falso que producen lo verdadero.⁹

Existe una relación entre *El malestar en la cultura*, la creación y la búsqueda de verdad, que, cuando logra articularse, genera algo nuevo. Es estimulante concebir la creación como los intercesores, sin los cuales no hay obra, tal como lo dice Deleuze.

Quisiera transmitir, a través de este libro, lo delicado que es el trabajo asistencial en la infancia. En ocasiones abre rumbos insospechados para un niño, rumbos que pueden ser de mucho alcance para ese sujeto. Me he sorprendido, en más de una oportunidad, cuando los padres de un niño devenido adolescente, al que atendí varios años atrás, me llaman para que vuelva a ver al joven y me dicen que es él mismo quien lo pidió. Hago memoria entonces, y me pregunto qué quedó en la cabecita de ese niño, para que, después de tantos años y cambios, piense que aquella persona que jugaba con él en sus sesiones podría ser la interlocutora adecuada para su padecimiento actual.

⁹ *Ibid.*, p. 201.